

LA CONQUISTA DE AMÉRICA: ¿LA ÚLTIMA CRUZADA?

Por Esteban Mira Caballos

Como es bien sabido, las Cruzadas comenzaron en el siglo XI, prolongándose al menos hasta el XIII. En ese período de tiempo se desarrollaron ocho Cruzadas cuyo objetivo, al menos en teoría, era recuperar los Santos Lugares que estaban en poder de los turcos Seleúcidas. Estos acostumbraban a mostrar actitudes hostiles frente a los peregrinos cristianos que intentaban acceder a los territorios sagrados.

En la praxis, este sacro y espiritual objetivo se veía retroalimentado por el señuelo de la obtención de grandes riquezas. Esta posibilidad de enriquecimiento atraía a muchos cristianos a sumarse a estas peligrosas empresas. Y algunos lograron realmente enriquecerse, lo que a su vez animaba a otros a enrolarse en esas expediciones. De hecho, Andrés II, rey de Hungría, regresó de su cruzada en Tierra Santa con un fabuloso botín en el que, al parecer, se incluía el supuesto aguamanil usado en las bodas de Caná. De alguna forma las cruzadas se convirtieron en la solución perfecta a los problemas socio-económicos que padeció Europa en esos siglos, dándoles un medio de subsistencia a nobles sin fortuna y a cientos de desheredados.

La historiografía ha sostenido un viejo debate entre los que defendían que la Conquista fue una cruzada, la última cruzada medieval, y los que, por el contrario, lo negaban. Ya en el siglo XVII, Vicent Le Blanc, señaló ciertos paralelismos entre la conquista del Santo Sepulcro y la de América. A finales del siglo XIX escribía Joaquín García Izcalbalceta lo siguiente:

La Iglesia urgía siempre para que se llevase la luz de la fe a las regiones incógnitas. España era el primer campeón del catolicismo, y así como en el Viejo Mundo sostenía terrible lucha contra las nacientes herejías, del mismo modo en el Nuevo agotaba sus fuerzas para extirpar la idolatría.

Ramiro de Maeztu, ya en el primer cuarto del siglo XX, defendió igualmente la idea de que *toda España era misionera en el siglo XVI*, como podemos ver en el texto que reproducimos a continuación:

Toda ella parece llena del espíritu que expresa Santiago el Menor cuando dice al final de su Epístola que al que hiciera a un pecador convertirse del error de su camino salvará su alma de la muerte y cubrirá la muchedumbre de los pecados. Lo mismo los reyes que los preladados, que los soldados, todos los españoles del siglo XVI parecen misioneros...

Por su parte, Claudio Sánchez Albornoz entendió la Conquista como una prolongación de la cruzada que España llevaba a cabo desde hacía ocho siglos contra los moros peninsulares. Una idea compartida por el historiador mexicano Silvio Zavala, quien la juzgó como *la última aventura religiosa que cierra el cielo de las cruzadas medievales*. Otros muchos historiadores como William Prescott, Carlos Pereyra, A. Rubio y Muñoz-Bocanegra, Salvador de Madariaga o Francisco Morales Padrón han defendido este mismo ideal casticista, según el cual el espíritu de cruzada impregnó toda la expansión española en América. En cambio, otros historiadores, entre ellos Manuel Lucena Salmoral, han afirmado que tildar de cruzada a la Conquista es un anacronismo, pues, ni los conquistadores fueron caballeros cruzados, ni había Santos Lugares que recuperar, ni participó el Papa, ni la expansión de la fe fue el primer objetivo. Como veremos en las líneas que vienen a continuación, no fue una cruzada sino más bien una guerra santa contra el infiel.

Desde la muerte de Mahoma, en el año 632, el Islam no había dejado de expandirse y, a finales de la Edad Media, tocaba la ofensiva cristiana para frenar a su gran adversario. No debemos olvidar que todas las grandes religiones monoteístas, como el Cristianismo o el Islam, buscaban en última instancia la conversión de toda la humanidad. Por ello, la guerra santa, idea tomada por los cristianos de la religión mahometana, tuvo una larga tradición en España, arrancando de la época de la Reconquista. Ya con motivo de la decisiva batalla de las Navas de Tolosa, en el año 1212, el Papa Inocencio III concedió el privilegio de cruzada a todos los cristianos que participasen en ella. Fue una auténtica guerra cristiana, que contó con la participación de creyentes procedentes de muy distintos reinos y que permitió derrotar contundentemente a los almohades. Más de dos siglos después, exactamente en 1481, Fernando el Católico manifestó su intención de *expulsar de toda España a los enemigos de la fe católica y consagrar España al servicio de Dios*. Su propósito casticista, en su versión más radical de exclusión, no podía ser más manifiesto. Nuevamente, el 3 de junio de 1482, el Papa y los Reyes Católicos llegaron a un acuerdo conjunto para unir sus fuerzas contra el infiel. Aquél atacaría al turco y estos al moro. La bula de cruzada colmaría de favores espirituales a todos los que contribuyeran con esta empresa, bien participando físicamente en el combate, o bien, con donaciones económicas que ayudasen a sufragar los gastos. La Iglesia

española movilizó todos los recursos propagandísticos a su alcance, pues, desde los púlpitos se apeló al sentimiento de los fieles para luchar en la guerra santa contra los mahometanos. Y su implicación fue tal que se estima que tres cuartas partes de los gastos de la guerra de Granada fueron pagados por el Papa a través de distintos tributos eclesiásticos.

También los portugueses habían llevado a cabo, a lo largo del siglo XV, su particular guerra santa en las costas occidentales africanas. Su propósito era obtener beneficios comerciales y, de paso, propagar la fe. Una vez más, lo espiritual y lo terrenal unidos de la mano. Y es que la frontera entre lo que pertenecía al César y lo que pertenecía a Dios ha sido siempre tremendamente difusa.

Toda esa tradición peninsular se repitió en la Conquista de América y, mucho más recientemente, en la Guerra Civil española (1936-1939). Ésta fue la última guerra santa de la historia de España, en este caso no dirigida contra el Islam sino contra el laicismo. Estuvo bendecida por la iglesia católica quien, por cierto, obtuvo grandes beneficios y prebendas tras la victoria del bando Nacional. El mismísimo general Franco se consideró un elegido por Dios para guiar los destinos de la Patria. No en vano, al día siguiente del gran desfile de la Victoria, en la iglesia de las Salesas de Madrid, el Caudillo declaró:

Señor: acepta complacido el esfuerzo de este pueblo siempre tuyo, que conmigo y por tu nombre ha vencido con heroísmo al enemigo de la verdad de este siglo. Señor Dios, en cuya mano está todo derecho y todo poder, préstame tu asistencia para conducir este pueblo a la plena libertad de Imperio, para gloria tuya y de tu Iglesia. Señor, que todos los hombres conozcan que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios vivo.

Y la cosa no quedó ahí, pues, en la Ley que regulaba los Principios del Movimiento Nacional, aprobada el 17 de mayo de 1958, el Caudillo de España, *consciente de su responsabilidad ante Dios y ante la Historia*, e inspirándose en los ideales de José Antonio, señalaba que España era *una unidad de destino en lo universal* (Declaración I). Este destino universal no era otro, que *el acatamiento de la ley de Dios, según la doctrina de la Santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana* (Declaración II). Ésta es la España genuina, la patria elegida por Dios, la misma que conquistó América y la que, más de cuatro siglos después, extirpó el laicismo. Una actitud típicamente hispánica que ha sido copiada, de forma casi idéntica, por otros caudillos surgidos en Hispanoamérica a lo largo de la Edad Contemporánea.

1.-EL IDEAL DE LA GUERRA SANTA

Queda claro, que la conquista de América no fue ni pudo ser la última cruzada medieval sino en todo caso un capítulo más de la guerra santa contra el infiel. Ahora, bien, existe un problema más: ¿había infieles en América?, en teoría no. Los indios eran solo paganos, es decir, en general adoraban a diversos elementos de la naturaleza, frecuentemente al sol y a la luna, pero no atacaban ni ofendían al Cristianismo. De hecho, el culto al sol estaba ampliamente difundido por todo el continente americano. Ya lo advirtió el propio Colón en la su carta del 15 de febrero de 1493:

No conocían ninguna secta ni idolatría, salvo que todos creen que las fuerzas y el bien es en el cielo...

Años más tarde, el padre Las Casas se lamentó que se hubiesen tomado naciones y reinos indígenas como si fueran infieles, ignorando que eran simples paganos que en absoluto atacaban la confesión cristiana. Ciertamente es que los indios de las altas civilizaciones mesoamericanas y andinas tenían religiones más complejas, aunque no dejaban de ser paganos.

Dentro de la Iglesia había tres doctrinas fundamentalmente, a saber: la primera, conocida como humanista, era minoritaria y toleraba la convivencia de religiones, negando además la esclavitud. Benito Arias Montano, fray Bartolomé de Las Casas, fray Pedro de Córdoba, Francisco de Vitoria o fray Bartolomé de Albornoz son algunas de las figuras más destacadas de esta corriente. Ya San Pablo había condenado a los esclavistas e indirectamente a la institución de la esclavitud. San Basilio había dicho que *a ningún hombre hacía esclavo la naturaleza*. Covarrubias, Vitoria, Las Casas y otros muchos asumieron esta idea que, por desgracia, no dejó de ser minoritaria a lo largo de la Edad Moderna.

La segunda de las doctrinas reconocía un trato diferente para los infieles y los paganos. A los infieles había que hacerles la guerra pero, en cambio, a los paganos simplemente se les debía incorporar pacíficamente al seno de la Iglesia. Con los paganos, que en absoluto ofendían a los cristianos, sólo era posible emplear prácticas evangélicas.

Y, finalmente, la tercera, probablemente la más radical, incluía dentro de los infieles tanto a los herejes como a los paganos. Así lo señalaba fray Luis de León, citando a San

Gregorio. Pues, bien, desde mucho antes del Descubrimiento de América, la Iglesia había optado por la tercera de las doctrinas. Por ejemplo, ya el Papa Nicolás V concedió una bula a los portugueses, el 18 de junio de 1451 por la que les concedía la facultad de invadir y conquistar territorios de paganos e infieles, anexionarlos y someter a esclavitud a su población. Como puede observarse, Nicolás V metía en el mismo saco a infieles y a paganos, a sabiendas de que no eran ni mucho menos lo mismo. Esta tercera doctrina fue la que se impuso en América; los paganos eran también infieles y, por tanto, era lícito hacerles la guerra santa. Y ello por las ventajas que tenía el hecho de ser etiquetados como infieles porque, según el sentido latino del término, eso significaba perder todas sus instituciones y propiedades. Por tanto, infieles o paganos sufrirían el mismo destino, es decir, su conversión a sangre y fuego. Y ello porque hacía tiempo que el pueblo español se sentía llamado por Dios para expandir la fe cristiana. De manera que el Cristianismo lejos de suponer un obstáculo a la expansión imperial la bendijo y la impulsó. Una política que emprendieron los Reyes Católicos y que continuó Carlos V no sólo en América sino, incluso, en Europa donde pretendió crear un imperio cristiano.

Efectivamente, por encima de cualquier proyecto mercantil, uno de los grandes objetivos alentados desde la Corona fue que en los nuevos territorios imperara la unidad cristiana. En América no habría cabida a moros, moriscos, judíos, gitanos ni herejes, sólo a personas de un probado catolicismo. Por ese motivo, la historiografía tradicional ha explicado la Conquista de América como una gran cruzada católica frente al infiel.

El contexto histórico era el idóneo porque, desde el siglo XV, se habían radicalizado las posturas, pasando de la tolerancia a la intolerancia. Ya a mediados del cuatrocientos, la intransigencia se comenzó a ver como una gran virtud cristiana, un signo externo del gran celo por la obra de Dios mientras que, por el contrario, la tolerancia se interpretaba como una peligrosa debilidad. Nada quedaba ya de aquella Iglesia primitiva y liberadora o de un San Pablo que, más precozmente que nadie, condenó a los esclavistas. La Iglesia se convirtió en legitimadora del Estado expansivo, bendiciendo de esta forma la desigualdad de los hombres y la servidumbre. Pruebas de este fanatismo son la creación del Tribunal de la Inquisición en 1478 o la expulsión, catorce años después, de los judíos. La famosa y casi legendaria convivencia de las tres religiones en la Península Ibérica se había esfumado definitivamente desde finales del siglo XV. La España de la Conquista se correspondía en el tiempo con la Europa de la Reforma, un continente donde *se mata o se muere por cuestiones religiosas*. El propio Cardenal Cisneros quiso ir personalmente a Orán a castigar a los infieles, mientras el

Papa Paulo III pedía encarecidamente a Carlos V que recuperase Constantinopla para la cristiandad.

El Cristianismo estaba en esos momentos en plena expansión, es decir, en plena *yihad*, precisamente en unos momentos en los que el Islam practicaba una cierta tolerancia religiosa. Muchas palabras de líderes actuales del integrismo islámico, que tanto nos escandalizan, tienen su paralelismo en el Cristianismo del siglo XVI. De hecho, en más de una ocasión, Osama Bin Laden ha dicho que los que den su vida como mártires por el Islam tendrán como premio el paraíso. Un planteamiento similar al que defendían muchos cristianos en los siglos XV y XVI. El cronista Gonzalo Fernández de Oviedo, partidario por cierto de una *solución final*, afirmaba que calcinar indios paganos equivalía a quemar incienso al Señor. Hernán Cortés destacaba el valor de la lucha contra el *infiel* porque, si sobrevivían, ganarían *perpetua fama y la mayor honra*, y si por desgracia fallecían *ganarían la gloria eterna*. En las instrucciones que Diego Velázquez entregó al de Medellín, el 23 de octubre de 1518, no le prohibió matar indios –al fin y al cabo no eran más que infieles- pero sí blasfemar contra Dios. Ese era el espíritu intransigente que reinaba en España en los albores de la Edad Moderna. Como ya hemos afirmado, se trata de un posicionamiento que no dista mucho del que, casi cinco siglos después, mantienen los actuales integristas islámicos.

Por otro lado, el final de la Reconquista había dejado a muchos guerreros sin empleo. Miles de personas que habían hecho de la guerra su forma de vida y que no sabían hacer otra cosa. La precaria economía agraria castellana parecía incapaz de absorber a este gran contingente de soldados licenciados. Por todo ello, el Nuevo Mundo supuso para ellos la nueva frontera en la que seguir practicando lo mismo que habían hecho siempre, es decir, la lucha contra el infiel.

Es obvio, pues, que la empresa americana se entendió desde un primer momento como la prolongación de la guerra santa que desde hacía varios siglos se venía librando en la reconquista de la Península Ibérica. No en vano, ya en el primer viaje colombino se utilizaron fondos de la bula de cruzada. Pero no tardó en cobrarse la bula en el territorio americano; ya en 1503 se destinaron a este fin los fondos no reclamados de los bienes de difuntos. Y desde 1511 se empezó a predicar la bula de cruzada en las Indias, aunque eso sí, los fondos irían destinados a combatir la guerra contra los turcos y los moros y no la de los infelices indios.

Infieles o no se les trataría como tales y la forma de proceder con ellos sería la misma que en la reconquista peninsular. Como es bien sabido, Santiago Matamoros había ayudado de forma decisiva a derrotar al Islam en la Península y ahora reaparecía ante los españoles

para someter a los nuevos infieles, los indios. Al igual que Alfonso VIII y sus soldados vieron al santo en su caballo, guiándolos en la batalla de las Navas de Tolosa allá por el año de 1212, en la Conquista de América fueron muchos los que creyeron ver a Santiago, al frente de las huestes cristianas. Por fortuna para los hispanos, Santiago decidió hacer las Américas, junto a las mesnadas conquistadoras, para ayudarlos en su difícil y loable misión de extender la frontera cristiana allende los mares. Hasta once veces se cita en las crónicas la presencia del apóstol en el campo de batalla. Pero no sólo Santiago hizo las maletas para auxiliar a los cristianos; también se alude en los textos a la aparición de la Virgen en seis ocasiones, y una vez respectivamente a San Pedro, San Francisco y San Blas. Como podemos observar, la ayuda divina enviada por el mismísimo Creador, no se limitó a Santiago, sino que se extendió a poco menos que a media corte celestial.

2.-¿CREÍAN DE VERDAD EN LA GUERRA SANTA?

Una minoría estuvo convencida de que lo que se libraba en América era una verdadera guerra santa contra el infiel. Fray Toribio de Benavente, Motolinía, veía a España como el imperio de Jesucristo y a los indios como paganos a los que había que convertir. Por su parte, fray Gerónimo de Mendieta O.F.M. comparó a Hernán Cortés con Moisés. Según este franciscano, el conquistador extremeño fue un elegido por Dios, en este caso no para guiar al pueblo hebreo sino para expandir la fe cristiana a Nueva España. Muchos de estos clérigos, especialmente los franciscanos, llevaron a cabo conversiones en masa, pensando en la vieja idea de que, cuando el Cristianismo hubiese llegado a todos los rincones del mundo, Jesús regresaría para hacer su juicio final. Unas conversiones masivas que guardan bastante relación con las que llevo a cabo el Cardenal Jiménez de Cisneros en la Península Ibérica poco antes del Descubrimiento.

Pero, no sólo hubo religiosos convencidos de la misión cristiana de España, también hubo un buen número de visionarios laicos. El caso de Colón era algo especial porque, como es bien sabido, tenía una personalidad compleja, a medio camino entre profeta y usurero¹. Todorov sostiene que su primer objetivo fue la expansión del Cristianismo y que, cuando alude al oro, lo hace para captar el interés de los reyes y de los colonos. La verdad es que cuesta creer que su primer interés no fuese el económico, en una persona que tantos cargos ambicionó –y prueba de ello son las propias Capitulaciones de Santa Fe- y que tanto oro busco. En su ansia por hacer fortuna incluso se involucró en el tráfico de esclavos indios,

¹ Sobre la mentalidad y la psicología de Cristóbal Colón sigue sin estar superada la obra de (Milhou, 1983)

planeando enviar a la Península Ibérica una remesa de 4.000 esclavos que, según sus cálculos, le reportarían unos beneficios superiores a los 20 millones de maravedís².

Otra de las grandes figuras de la empresa americana, Hernán Cortés confesó que él no había ido a las Indias por tan poca cosa como era el oro sino para servir a Dios y al rey, idea que repitió en más de una ocasión. Incluso, se dice que a su partida de La Habana, en 1519, llevaba un estandarte blanco y azul con una cruz roja y debajo una inscripción latina que traducida decía: *Sigamos la Cruz, y con fe y esa señal, venceremos*. Y se afanó en destruir con saña todos los templos indígenas que encontró a su paso. Así, por ejemplo, después de entrar en Culiacán mandó derribar los ídolos y el templo mayor pero, como un indio principal no quiso colaborar en ello, lo ahorcó *con los diablos a cuestras*. Sin embargo, paralelamente a esta actitud tan intransigentemente cristiana muestra un gran interés por los bienes terrenales. De hecho, lo primero que hizo cuando entró en Tenochtitlán fue robar, junto a sus hombres, la cámara de los tesoros de Moctezuma. Según Bernal Díaz, cuando contemplaron el tesoro del emperador mexica se sintieron aliviados en sus dolores y penalidades y la mayoría pensó en cogerlo y regresar a España. Lo cierto es que Cortés en tan sólo tres años se convirtió en la persona más rica de las Indias. La codicia superó con mucho sus posibles prejuicios religiosos y/o morales; estos eran los elegidos por Dios, unos hombres que después de ver el oro ya no querían evangelizar a nadie sino regresar a su tierra natal.

Para Juan Suárez de Peralta América estaba señoreada por el demonio y fue voluntad de Dios su conquista, en la que ayudó decisivamente a través del apóstol Santiago:

La guerra que se hizo a los indios fue toda hecha por Dios, y él la favoreció por el bien y remedio de aquellas almas. Que los cristianos a lo menos en la Nueva España, no fueran parte los que fueron, para conquistar y pacificar aquella tierra, si Dios no mostrara su voluntad con milagro, que lo fue grandísimo vencer tan poca gente a tanta multitud de indios como había... Y los indios fueron vencidos de un caballero que andaba en un caballo blanco, que los atropellaba, y éste era el que más daño les hacía...

Otros muchos españoles creyeron que los credos indígenas estaban inspirados por el mismísimo Satanás. Si no tenían un dios omnipresente, si no eran cristianos, ni judíos, ni moros no podían ser otra cosa que discípulos del demonio. Daba igual que fuesen siervos de

² El plan lo explicó en los siguientes términos: “De acá se pueden enviar todos los esclavos que se pudieren vender y brasil; de los cuales me dicen que se podrán vender cuatro mil que a poco valer, valdrán veinte cuentos... Y cierto, la razón que dan a ello parece auténtica porque en Castilla y Portugal y Aragón e Italia y Sicilia y las islas de Portugal y de Aragón y de Canarias gastan muchos esclavos”. Por fortuna, la Reina Católica le prohibió que prosiguiese con su trata. Evitó así que el Nuevo Mundo se convirtiese en un inmenso mercado de esclavos con destino a la Península.

Alá o de Satanás, desde la propia Corona se auspició la guerra santa contra ellos. A ésta le interesaba la cohesión social de unos emigrantes que sólo tenían dos nexos de unión, es decir, la lengua y la religión.

La mayoría de los conquistadores tenían una idea mucho más materialista, aunque casi nadie lo reconocía. Todos afirman que el esfuerzo lo hacían por una encomiable voluntad de servicio a Dios y a la Corona, aunque su objetivo prioritario era el enriquecimiento. El trujillano Francisco Pizarro, de orígenes muy humildes y sin apenas formación, se comportó de forma mucho más espontánea y realista. Probablemente, porque era incapaz de elaborar el más mínimo pensamiento que requiriera cierto grado de abstracción. Estando el extremeño en Panamá, junto a Diego de Almagro y Hernando de Luque, hicieron una ceremonia antes de partir para el Perú: después de oír misa y comulgar acordaron, sin ningún tipo de circunloquios, compartir en partes iguales el botín que arrebatasen a los infieles. Años más tarde, cuando fray Bernardino Minaya le pidió que, antes de su encuentro con Atahualpa, explicara a los nativos que la razón de su presencia era la evangelización, él se negó, diciendo *que él había venido de México a quitarles el oro*. Estaba claro que, aunque muy pocos lo reconocían tan abiertamente como el trujillano, la inmensa mayoría de los conquistadores solo se jugaban la vida por la codicia y a cambio de un botín. Gonzalo Fernández de Oviedo no puede ser más claro al respecto:

Que los que vienen buscan enriquecimiento y nadie navega tantas leguas por amor del alma, sino para sacar de necesidad y pobreza su persona lo más presto que ellos puedan.

Incluso los agricultores que llevó el padre Las Casas, apenas se descuidó, dejaron sus oficios y se dedicaron al más lucrativo negocio de robar y saquear las casas de los pobres aborígenes. Pero, es más, Fernández de Oviedo se molestó en preguntar a un miembro de la hueste de Hernando de Soto por qué siempre avanzaban y nunca se detenían a poblar el territorio. La respuesta de su entrevistado no pudo ser más clara: *su intento era de hallar alguna tierra tan rica que hartase su codicia*. Un afán de riquezas que incluso hace volar su imaginación: la leyenda de Jauja, el Dorado, la Ciudad de los Césares o las versiones legendarias del Cerro Rico de Potosí. Estos mitos, más que el servicio a Dios, son los que realmente mantuvieron en alto las espadas. Conquistadores como Jiménez de Quesada, Sebastián de Belalcázar, Hernán Pérez o Féderman quedaron deslumbrados por los mitos áureos. Pero esta doble moral, esta dicotomía entre lo que decían y lo que hacían, era

perfectamente compatible con el ideal de la guerra santa que, como ya hemos repetido en varias ocasiones, nunca fue ajena al afán de botín.

Si para conseguir el ansiado botín era necesario convertirse en huaqueros o ladrones de tumbas no dudaban en hacerlo. Ya en la expedición de Juan de Grijalva a Yucatán, en 1518, se encontró varias sepulturas recientes con oro. Ni cortos ni perezosos las saquearon, pese al olor nauseabundo, y *de creer es –escribe Fernández de Oviedo– que si tuvieran más oro, que aunque más hedieran, no quedarán con ello, aunque se lo hubieran de sacar de los estómagos*. En 1527, Alonso de Estrada envió a Oaxaca al capitán Figueroa para que saquease las joyas de las tumbas porque era costumbre entonces enterrarlos con ellas. También en la conquista del incario hubo saqueos de sepulturas. Belalcázar, tras tomar Quito, se desilusionó por no hallar las riquezas esperadas, pese a que *desenterraron a todos los muertos que se encontraron*. Y Francisco Pizarro hizo lo propio cuando tomó Cuzco; no contento con el botín encontrado, atormentó a los indios para que les mostrasen dónde estaban las sepulturas. Dichas actividades continuaron porque en una Real Cédula, referida a Nueva Granada y fechada el 9 de noviembre de 1549, se prohibió que los españoles mandaran a los indios a buscar tesoros de las tumbas antiguas porque era mucho trabajo para ellos. Pero las actividades prosiguieron, hasta el punto que un tal Juan de la Torre, encontró en una sepultura del valle de Ica, una cantidad de oro valorado en 50.000 pesos. En total, Cieza de León calculó que de las tumbas de Perú se sacaron más de un 1.000.000 de pesos de oro. Todo esto dice mucho del ansia de riquezas de estos supuestos cruzados, reconvertidos en meros ladronzuelos de tumbas.

Por otro lado, muchos de los miembros de las huestes indianas habían luchado en la Reconquista y tenían presente todo lo que suponía la lucha contra el Islam. En realidad se trataba de seguir haciendo lo mismo, es decir, conquistar y repoblar, y de paso llenarse los bolsillos, como se había hecho durante siglos. Los rasgos de la lucha contra el moro están presentes continuamente en la mente de los conquistadores. Con frecuencia afirman que los indios eran de la secta de Mahoma, o que los templos indígenas eran mezquitas. Así lo interpretó Cortés cuando al contemplar los de Cholula dijo que eran mezquitas. Algunos conquistadores luchaban con una cruz de cruzado colocada en su indumentaria. Las comparaciones entre indios y moros son frecuentes. Manuel de Nobrega señaló que los indios brasileños eran *tan bestiales como los moros*. Los cronistas comparan Tenochtitlán con Estambul y la corte de Moctezuma con la de Boabdil. Asimismo, afirman que las encomiendas las merecían por haber conquistado las Indias, igual que los hidalgos castellanos

ganaron sus libertades por haber ayudado a los reyes a ganar sus reinos del poder de los mahometanos. Se organizan entradas de rapiña, para robar oro y capturar esclavos. ¿Qué eran sino las armadas de rescate a Tierra Firme?, pues no eran más que la reproducción mimética de las cabalgadas medievales que se habían llevado a cabo de forma sistemática en territorios de infieles, tanto los situados en territorio nazarí como los que se encontraban en la costa occidental africana. Se trataba de paralelismos que rondaban en todo momento la mente de los conquistadores.

Los capitanes y adelantados, para motivar a sus huestes, las arengaban a luchar en el nombre de Dios, consiguiendo de esta forma que se dejaran la piel en el combate. Se trataba de un ritual idéntico al que se hizo en las Navas de Tolosa o, décadas después, en la batalla de Lepanto, invocando la ayuda divina, a través del apóstol Santiago. Ejemplos en la Conquista de América se cuentan por decenas. Bernal Díaz del Castillo contaba que, estando en Tabasco rodeados por los indios, todos los españoles salieron contra ellos gritando el nombre del apóstol Santiago, y los hicieron retroceder. Antes de la batalla de Otumba Cortés arengó a sus soldados para que luchasen como cristianos contra los infieles porque sólo así obtendrían el favor de Dios y la victoria. Y nuevamente, muy poco antes de comenzar el asalto final a Tenochtitlán, se dirigió de nuevo a sus hombres, persuadiéndoles que el principal motivo de su lucha era *apartar y desarraigar de las dichas idolatrías a todos los naturales de estas partes y reducirlos... porque, si con otra intención se hiciere la dicha guerra, sería injusta*. Por su parte Gil González Dávila, en 1523, antes de entrar en combate, y para levantar el ánimo a sus hombres, les narró el caso de Fernand González, quien venció a Almanzor con la ayuda de Dios. Y, en el virreinato peruano, Francisco Pizarro arengó igualmente a su hueste, diciendo que Dios les ayudaría a *desbaratar y abajar la soberbia de los infieles y traerlos en conocimiento de nuestra santa fe católica*. No menos claro se mostró su hermano Hernando cuando animó a sus hombres a luchar en servicio de Dios porque sólo así éste *pelearía por ellos* y garantizaría el triunfo. Era una buena forma de convencer a sus mesnadas de que luchaban por una causa justa, por la causa más justa, y que además recibirían la ayuda divina para conseguir la ansiada victoria.

En definitiva, una minoría pudo creer que se trataba de una verdadera guerra santa, pero la mayoría debió ser más o menos consciente de la realidad, es decir, que la guerra santa era simplemente una tapadera ideológica. La justificación moral para destruir y robar a millones de indios, equiparados erróneamente con los infieles. Como ha escrito acertadamente Josefina Oliva de Coll, en América se usó y se abusó del nombre de Dios en

vano para justificar todo tipo de tropelías. Y por si alguien se alarma diremos que no se trata de una opinión nueva, pues la sostuvieron varios cronistas de la época. Girolamo Benzoni escribió que la prueba de que combatieron por codicia y no por la evangelización lo atestigua el hecho de que, donde no encontraron riqueza, no se quisieron quedar. También Fernández de Oviedo refirió que nadie se jugaba la vida en el océano *por amor del alma, sino para sacar de necesidad y pobreza su persona lo más presto que ellos puedan*. Unas décadas después, Alonso de Ercilla lo narró en términos parecidos en su poema épico *La Araucana*:

Y es un color, es apariencia vana querer mostrar que el principal intento fue el extender la religión cristiana siendo el puro interés su fundamento; su pretensión de la codicia mana que todo lo demás es fingimiento.

También las víctimas lo tuvieron así de claro; estaban convencidos, y las pruebas estaban a la vista, que los españoles habían ocupado sus territorios fundamentalmente para explotarlos y a saquearlos. En más de una ocasión manifestaron que el único culto que rendían los españoles era al metal precioso. Por cierto que esta idolatría al oro era una actitud que tenía orígenes bíblicos y que había sido denunciado ya en la antigüedad por los profetas y sabios de Israel³.

¿Cómo explicar estas contradicciones entre lo espiritual y lo terrenal?, ¿cómo eran capaces de decir una cosa y de hacer otra? Se trataba de lo que los sociólogos llaman la falsa conciencia que implicaba un falseamiento consciente de la realidad por parte de unas personas que sabían muy bien cuáles eran sus verdaderos intereses. Los conquistadores y los funcionarios públicos trataran de justificar la ocupación del territorio y lo harán a sabiendas de que la realidad no se correspondía exactamente con lo que ellos decían o predicaban. De ahí que se inventen absurdos formulismos legales como el Requerimiento, redactado por Palacios Rubios en 1514, que ningún indio entendía pero que servía para justificar lo injustificable. Por ello, cuando hablaban de la necesidad de la cruzada contra el infiel trataban de justificar unas acciones que, en el fondo, no perseguían tanto ese objetivo como su propio enriquecimiento.

³ A este respecto puede verse la obra de (Sicre, 1979).